Del capítulo **Territorios, violencias y estigmas. Resistencias y pastoral juvenil**

Resistencias y pastoral juvenil

La resistencia juvenil se ejerce contra las estrategias de espacialización y antropomorfización de las agencias estatales y de los vecinos caracterizados de otros barrios urbanos [Ariel se refiere a que ligamos a una villa, asentamiento o barrio determinadas características y perfiles juveniles: espacialización; y que les damos al peligro, la inseguridad, la violencia, a la amenaza una determinada forma humana: antropomorfización] Si con la espacialización se busca asignar a un lugar concreto la inseguridad, de emplazarla, de confinarla a determinados lugares que serán referenciados (estigmatización territorial); con la antropomorfización se quiere dotar de un cuerpo y una forma específica a estas fuentes de peligro con una caracterización típica (estigmatización de rasgos étnicos, raciales o de clase social).

A la percepción de inseguridad, en general, la sociedad responde con la construcción de relatos que objetivan tal percepción en determinados sujetos pobres y vulnerables, “penalizando la pobreza”. De modo que aquellos sujetos se transforman en figuras de la inseguridad, verdugos de la sociedad y fuentes del miedo colectivo. De esa manera los jóvenes “vagos” o los “pibes chorros”, o los de la “gorra” y la “capucha”, los del “piercing” o el de la “cicatriz”, se convierten en depositarios de los temores, representando en el imaginario colectivo (de algunos sectores) una amenaza y un riesgo concreto a la seguridad de los otros.

Ante estas construcciones e imaginarios sociales debe oponerse no solo la resistencia de los jóvenes (ciertamente desiguales) sino también pastorales que habiliten una construcción de sentidos diferentes, recreen nuevos espacios de sociabilidad, favorezcan la educación y el acceso al trabajo, a la vivienda y a la salud dignas, por un lado. Y, por otro lado, una acción y un discurso pastoral que sancione los sentidos construidos que legitiman reacciones violentas de los vecinos caracterizados y de las fuerzas de seguridad como de otras instituciones contra los jóvenes, sólo

por presunción de inseguridad (la justicia penal, las escuelas, los boliches y los hospitales, por ejemplo, que se reservan “el derecho de admisión”; aunque también los templos).

No estamos frente a una juventud desinteresada y desencantada, sin ideales ni compromiso, apática y despreocupada de lo que ocurre con la sociedad y la Iglesia. No basta con indicar quién tiene la culpa, habitar la queja permanente, e insistir en visiones despectivas sobre los jóvenes. Al contrario, las instituciones y los agentes de la pastoral tendrían que descentrarse de sus intereses y prejuicios de clase y proveniencia social para trascender la praxis acostumbrada y las propuestas ya transitadas. Abrirse a la condición juvenil, a sus potencialidades y posibilidades de manera abierta y crítica sin ingenuidades ante sus límites. La pastoral debe contribuir a recuperar una visión optimista de los jóvenes para construir propuestas pastorales significativas. No puede hacerse una pastoral con jóvenes que juega a la defensiva, que está alerta ante los peligros y amenazas de los jóvenes. Asumiendo los problemas de las violencias, los consumos culturales (problemáticos o no) y la estigmatización de los jóvenes, la pastoral juvenil puede ayudar a reconstruir territorialidades integradas, superar los prejuicios y renunciar a una postura asistencialista y benefactora.

Resultaría provechoso y necesario abstenerse de una acción precipitada, de modo tal que nos permita reflexionar críticamente sobre las experiencias realizadas hasta el momento, a fin de no caer en la repetición de esquemas pastorales perimidos y desgastados. La reproducción de antigüedades pastorales aunque se envuelvan en papeles de fantasía, vistosos y seductores no impactará en las prácticas pastorales con jóvenes. Abandonar esa forma de activismo pastoral irreflexivo implica posicionarse por fuera de propuestas heroicas -al modo de una cruzada contra los “bárbaros” a los que aludíamos anteriormente- mirar hacia el futuro y mantener una posición pastoral que se aparte de la tentación de controlar a los jóvenes, los procesos y encorsetar la realidad en esquemas preestablecidos. Aunque hay muchas propuestas interesantes ciertamente, también es bueno reconocer que varias de las acciones pastorales innovadoras terminan cayendo en lugares comunes, desprovistas de sentidos y de contenidos.

Se hace necesario repensar una pastoral que proponga alternativas sin rotular a los jóvenes y que asuma toda su potencialidad transformadora tanto para las instituciones eclesiales como para las prácticas, las normativas y las sociabilidades juveniles. Estando de parte de los jóvenes, la pastoral puede movilizar nuevos sentidos, crear nuevos espacios, resignificar lugares y reescribir un nuevo capítulo en las tramas de los jóvenes y en la existencia de la comunidad eclesial.